

hacia el bien de los dos pueblos, el mexicano y el italiano? Pero yo creo, señores, que hay un lenguaje que todos los pueblos del mundo deben y pueden hablar, y este lenguaje es el sencillo del corazón, aquel que, mejor que otro alguno, puede expresar los sentimientos que agitan nuestro ánimo.

Tengo la gran fortuna, en esta hora, de poder ser el intérprete seguro de los sentimientos de todos los que, como yo, se hallan aquí, teniendo el honor de representar á Soberanos ó Jefes de Estados, y debo manifestar á vos, señor Vicepresidente, para que os sirváis comunicarlo al señor Presidente, nuestros sentimientos de gratitud y de admiración. De gratitud, por el modo cortés con el cual nos habéis querido recibir; de admiración, porque hemos podido observar hasta qué punto de progreso y de civilización ha llegado vuestra Nación por el orden, por la disciplina de vuestro ejército, pero, más que por otra cosa, por el amor á la patria, que reina en todo vuestro pueblo. ¿Y cómo podremos callar nosotros, los que, al asistir la otra noche á la conmemoración del toque de la campana de Dolores, fuimos presa de una profunda emoción, cuando vimos cien mil cabezas descubiertas y adivinamos que cien mil corazones palpitaban al unísono, por los destinos de México? Aquella multitud miraba á lo alto y saludaba al hombre que, después de haber combatido valerosamente en los campos de batalla, ha sabido transformarse en un hombre político, en un Jefe de Estado, rigiendo con raro acierto los destinos de su pueblo. Ese hombre, al hacer sonar la campana de Hidalgo, no llamaba por cierto al pueblo para que empuñara las armas; sino que, sintiendo que él es ahora el padre de la patria, quería que todos los mexicanos participasen de su alegría, patentizando con él el camino recorrido á través de cien años. Envidiable pueblo el vuestro, al cual deseamos la dicha que se merece.

Dentro de pocos días, muchos de nosotros estaremos lejos de aquí, y quizá las circunstancias de la vida no nos conduzcan más á estas regiones; pero jamás olvidaremos estos días que hemos pasado entre vosotros, y seguiremos con el mayor interés el desenvolvimiento de vuestra vida nacional.

A nuestro Gobierno, á nuestros compatriotas, les narraremos todo lo que habéis hecho por nosotros, diciéndoles, además, cuáles son nuestras ideas respecto al porvenir de esta capital y del inmenso territorio que la circunda.

Por hoy, quiero limitarme á daros las gracias por la galante forma en que habéis querido atender mi invitación, haciendo observar, con legítimo orgullo, que en torno de esta mesa se hallan representantes de casi todas las naciones del mundo; y al hacer constar esto, me parece ver como un haz de banderas de todos los países que representamos, agitadas por el viento de la civilización y del progreso, iluminado por los rayos de la paz universal, única meta hacia la cual se dirige la constante aspiración de los pueblos civilizados.

Señores, animado de estos sentimientos y de esta fe, os invito á brindar por el señor Presidente de la República, por el señor Vicepresidente, por los miembros del Gobierno, por el pueblo, gritando con Jaime Nunó, el autor de vuestro Himno Nacional:

¡Que Dios bendiga á la tierra mexicana!!!!

**Brindis pronunciado por el señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que ofreció el Excelentísimo señor Embajador Especial de Italia al Gobierno Mexicano, el 17 de septiembre de 1910.**

Señor Embajador:

Señores:

Conmovido por las elocuentes y galantes frases que dedicáis a mi patria en esta solemne ocasión de las fiestas del primer Centenario de su Independencia, frases que traducen delicados y cordiales sentimientos, cumplo con el deber de expresar, en nombre del Presidente de la República, á quien, como lo deseáis, transmitiré vuestros conceptos, la sincera expresión de honda gratitud del pueblo y del Gobierno de México por la parte tan interesante que el pueblo y el Gobierno de Italia han tomado en nuestra celebración patriótica, gentilmente representados por Vuestra Excelencia.

Os ruego, señor, que llevéis al conocimiento de Su Majestad vuestro Augusto Soberano, los testimonios de simpatía del pueblo mexicano, por las muestras de consideración con que acaba de favorecernos, confiándonos una misión de cordial amistad que jamás olvidaremos.

Muchos son los motivos de simpatía que existen entre Italia y México. No solamente son semejantes nuestras lenguas y nuestras águilas, é iguales los colores de nuestras hermosas banderas, y son estrechas y amistosas las relaciones de nuestros dos Gobiernos; no solamente fué el mismo horrible tormento del fuego el que hizo sonreír con indiferencia á Scévola y á Cuauhtémoc; hay algo que arranca de más hondo en nuestros dos pueblos, como decís muy bien: el alma latina apasionada y ardiente que hace comunes nuestros ideales y nuestros ensueños. En vuestra historia hemos aprendido muchos heroísmos; vuestro arte, no superado aún, es fuente eterna de nuestras emociones y de nuestro estudio, y vuestro hermoso país nos seduce en nuestros viajes, nos atrae y nos deslumbra con los esplendores de su belleza incomparable. Pero hay aún más entre nuestros países, como tiernos símbolos de simpatía mutua: vuestra Reina Elena, diosa de la caridad en Italia, y nuestra Carmelita, el ángel bueno de los mexicanos; ambas reinas por la belleza, por la virtud y por el amor á los pueblos; la una, vuestro orgullo; la otra, el orgullo nuestro.

México, señor Ministro, apenas acaba de abrirse á las corrientes de la civilización, y los progresos que entre nosotros habéis podido observar, son la obra de unos cuantos años. Tenemos el propósito firme de seguir avanzando en la senda emprendida, alentados por la esperanza de llegar con nuestro esfuerzo á la altura de las naciones más progresistas de la tierra, para figurar entre ellas á vuestro lado, enlazados fraternalmente nuestros pabellones y confundidos sus colores como se confunden nuestras aspiraciones y nuestros anhelos en ideales de libertad, de progreso y de civilización.

Señores:

Por el pueblo italiano, por Su Majestad el Rey Víctor Manuel II y por su simpático Embajador.

**Brindis pronunciado por el señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que ofreció el Excelentísimo señor Embajador Especial de Brasil al Gobierno Mexicano, el 19 de septiembre de 1910.**

Señor Ministro:

Señores:

Compláceme en el más alto grado oír de vuestros labios, ya que sois el representante de una de las Repúblicas más prestigiosas de América, las palabras de concordia y confraternidad internacional que habéis pronunciado y que, sin duda, son eco fiel de los sentimientos del glorioso pueblo brasileño y de su ilustrado Gobierno.

Y mi complacencia no nace solamente de la idea teórica, sino que se funda en el sentir general del pueblo mexicano, que á través de una historia sangrienta y dramática y de un período de paz, corto para la vida de una nacionalidad, pero fecundo en enseñanzas, ha aprendido á conocer prácticamente los beneficios que los pueblos derivan del respeto mutuo de sus derechos, base y fundamento de la concordia internacional. Los mexicanos, pues, somos amigos convencidos de la paz entre las naciones, siempre que tenga como principal elemento de existencia el respeto á los derechos de cada una como entidad soberana y libre.

Por eso nos han halagado tanto las muestras de consideración que con motivo del Centenario nos han dado las naciones amigas, pues abrigamos la esperanza, señores Delegados, de que vuestra presencia entre nosotros, en estos momentos de regocijo nacional, servirá para hacer más cordiales las relaciones que unen á nuestros países, porque será un motivo para que nos conozcáis mejor; y no necesitamos otra cosa los mexicanos sino que nos conozcáis bien para que nos estiméis como un pueblo digno de ser amigo de los demás pueblos de la tierra.

Por eso también, nuestros aplausos entusiastas y sinceros y nuestras ovaciones calurosas han acompañado, al son de las marchas guerreras, á los gallardos marinos de países amigos que han desfilaro con las tropas mexicanas en el gran día de nuestra patria.

Señor Ministro:

La Asamblea Nacional de vuestra patria, por significativa unanimidad de votos, acaba de aprobar una felicitación á México con motivo del Centenario de su Independencia.

Esta manifestación de simpatía suprime la distancia entre nuestros países y los presenta como dos buenos y leales amigos que, con un apretón de manos, sellan un pacto de amistad perpetua.

Señores:

Os invito á levantar las copas por la paz de todas las naciones, por Su Excelencia el señor Presidente de la República del Brasil y por su representante en esta ocasión.

**Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor don Antonio da Fontoura Xavier, Enviado Especial de Brasil, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 19 de septiembre de 1910.**

Os agradezco, señor Vicepresidente de la República, señor Ministro de Relaciones Exteriores, señores Embajadores de los grandes imperios, señores Ministros de Estado, señores Enviados de todas las potencias, os agradezco el honor de vuestra presencia aquí; ella constituye el mayor realce de esta fiesta, y es, al mismo tiempo, una afirmación más del pensamiento de confraternidad que nos congrega alrededor y en homenaje del Centenario de un gran pueblo.

Bienvenidos también sean entre nosotros los representantes de las marinas de guerra que con nosotros colaboran en nuestras misiones de paz.

Y vuestra colaboración, señores, es, por ventura, la más grata.

Cuanto mayor sea el número de escuadras existentes en los mares, más segura estará la paz entre los hombres; más difíciles se tornarán esos golpes que se llamaran de maremotos, que se dieran en otros tiempos y que se hacen imposibles en el siglo —maremotos que trasformaban el perfil político de los continentes y convirtieron los océanos en lagos territoriales.

Bienvenidos, siempre; bienvenidos sean entre nosotros los representantes de los ejércitos que con nosotros colaboran en nuestras misiones de paz.

No se puede decir que una nación es bien gobernada cuando perpetuamente expuesta está á ser aniquilada por las otras. Si la eterna vigilancia es el precio de la libertad, la eterna negligencia es el costo de la servidumbre.

Los individuos forman la comunidad; pero sólo las instituciones forman un pueblo, y de éstas la capital es, sin duda, la fuerza armada, que abre camino para su grandeza y bienestar, y es la guardia y la garantía de sus libertades, sin la cual no podrían subsistir.

Naciones hubo, señores, que fueron constituidas á la imagen y semejanza de sus generales; Alejandro y Aníbal resumen en ellos la historia de sus nacionalidades.

Por eso no serán jamás suficientemente glorificados aquellos que se hicieron grandes creando la patria á su propia imagen.

No sé quién dijo que un general no puede decir que nunca será batido, pero que puede afirmar que jamás será sorprendido.

Abundando en estas consideraciones, que corresponden fielmente á las tradiciones gloriosas del General Porfirio Díaz, tengo la honra de proponeros un brindis en obsequio de Su Excelencia y os invito á levantar la copa por la felicidad de su digno Gobierno y por la prosperidad, siempre creciente, de esta valiente Nación.

## NÚMERO 72.

**Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor Barón Yasuya Uchida, Embajador Especial de Japón, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 21 de septiembre de 1910.**

Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores:

Excelentísimos señores:

Señoras y señores:

Después de las frases de elogio y de admiración por el progreso de este hermoso país y por su ilustre Presidente que mis queridos colegas han pronunciado últimamente en tantas y tan múltiples ocasiones, creo inútil también manifestar mis alabanzas sinceras y justas, y sólo me limitaré á hacer presente al Gobierno y al pueblo mexicanos mi gratitud por la hospitalidad tan generosa con que nos ha colmado desde que pisamos esta noble tierra.

No debemos considerar que ella está apartada del Japón por la gran extensión del Océano Pacífico, pues hoy, por medio de la civilización, los mares nos juntan y nos unen en estrecho abrazo, acercándonos por las mutuas simpatías, por los comunes intereses y por los grandes ideales de paz y de progreso.

La gran República de México, que cumple ya cien años de vida independiente, y el Japón, que no logró afirmar su nuevo régimen sino hasta hace cuarenta y tres años, uno después de las tomas de Puebla y México, que vinieron también á consolidar la actual condición política mexicana, entraron en relaciones amistosas, que felizmente se han podido conservar, en la tercera administración del Presidente General Porfirio Díaz, celebrando un tratado de reciprocidad que el Japón logró ajustar con esta República, cuyo ejemplo fué seguido por todas las otras potencias algunos años después.

La simpatía que con este tratado nos mostró México, el Gobierno y el pueblo del Japón jamás la podrán olvidar, y son nuestros deseos de que los lazos de amistad que de ella han nacido, sean más cordiales y más estrechos é indisolubles.

Os suplico, señores, que os dignéis acompañarme á beber por el gran hombre de Estado que preside esta República y por el noble y próspero pueblo mexicano.

## NÚMERO 73.

**Brindis leído por el señor don Enrique C. Creel, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, en nombre del señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que ofreció el Excelentísimo señor Embajador Especial de Japón al Gobierno Mexicano, el 21 de septiembre de 1910.**

Señor Embajador:

Señores:

El octavo mes del séptimo año de Keicho (septiembre de 1602), Minamoto Ieyasu, Señor del Japón, rompiendo con las viejas tradiciones de su país y continuando negociaciones iniciadas cuatro años antes para entablar relaciones internacionales, escribía á don Pedro Bravo de Acuña, Gobernador español de Filipinas, las siguientes palabras que formulan, un pensamiento del siglo XX:

«Bien que no tenga la honra de veros, ni de oiros, vuestra amable conducta me da á entender que el género humano no forma más que una sola y misma familia, lo que me ha conmovido fuertemente.»

Ocho años después, el mismo Ieyasu y su hijo, el Shogun Minamoto Hidetada, auxiliaron al náufrago español don Rodrigo de Vivero, ex-Gobernador de Luzón, y enviaron con él á Nueva España una expedición con veintitrés japoneses y cartas y presentes para el Virrey. Desembarcaron en un puerto de California, el 27 de octubre de 1610, y, llegados á México, personas y regalos fueron presentados al Virrey don Luis de Velasco, quien correspondió á aquel acto de cortesía internacional, mandando, á su vez, al Japón una expedición que partió de Acapulco, el 22 de marzo de 1611, al mando de Sebastián Vizcaíno, llevando obsequios y mensajes de amistad que entregó á las cortes japonesas de Sempu y de Yedo, las que desplegaron en aquella ocasión un fausto y esplendor extraordinarios.

De tan lejos así arrancan, señor Embajador, las primeras muestras de amistad oficial entre vuestro país y el mío, y si bien es cierto que aquéllas no fueron sino un albor de relaciones internacionales, que se extinguió en virtud de las guerras en que la madre España se vió envuelta con otras potencias, no lo es menos que constituyen un lazo de simpatía entre el moderno y poderoso Japón y el México libre, cuya amistad tiene hoy tantos motivos para ser cada día más cordial y para estrecharse por medio de la corriente de ideas, de personas y de objetos de comercio que podemos cambiar á través del Océano Pacífico.

La nota más brillante de la celebración de nuestro Centenario ha sido el concurso de todas las naciones, presentándonos los testimonios de su consideración, y México jamás olvidará la cordialidad con que los pueblos amigos se han asociado á su regocijo nacional. Por eso vos, señor Embajador, nos dejaréis un recuerdo imborrable y os llevaréis los votos que los mexicanos hacemos por el constante progreso del gran pueblo japonés —del que tanto, sin duda, tenemos que aprender.

Os invito, señores, á brindar por Su Majestad el Emperador del Japón y por su Embajador Especial en México.

## NÚMERO 74.

**Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor don Karl Bünz, Embajador Especial de Alemania, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 24 de septiembre de 1910.**

Señor Vicepresidente:

Señoras y señores:

Al tener esta noche la honra y el gusto de recibiros en la casa alemana (no se preocupe usted, señor Secretario de Relaciones Exteriores, pues no pienso reclamar derechos de extraterritorialidad), me encuentro indemnizado de todas las fatigas de las últimas semanas. Hermosos eran los días pasados, sí, y sin embargo, se escapa involuntariamente un suspiro de alivio por entre los labios (por los cuales, en los últimos días y noches, han pasado tantas cosas buenas, líquidas lo mismo que sólidas), al pensar que ya pronto se acaba todo. Hermosas eran las últimas tres semanas, espléndidas, como las pudo hacer únicamente el gusto artístico y la ilimitada hospita-

lidad del Gobierno de este país; y sin embargo, repito, considero esta noche como el punto culminante de todo para mí. Es mucho más hermoso, mucho más satisfactorio para mí, recibir huéspedes, que ser uno mismo huésped; es mucho más venturoso poder decir que todos los presentes á tu llamado han venido y con gusto se sientan á tu mesa. Lo cierto es que en las últimas semanas hemos llegado á formar todos una gran familia, unidos todos por los lazos de sincera amistad, y tan simpáticos los unos para los otros como si nos conociéramos hace años y como si fuese imposible que pronto nos dejáremos de ver.

Eso, señoras y señores, debemos todos los extranjeros aquí reunidos al Gobierno Mexicano, y por eso me complazco en expresar en esta ocasión mi agradecimiento más profundo. Debo agregar que mis sentimientos personales, que me obligan á dar las gracias, no los considero como lo esencial: la gran importancia que tiene esta reunión y todas las demás anteriores de igual índole, es que todos los pueblos de Europa y de las Américas, movidos por una misma idea, han llegado á apersonarse, á mirarse en los ojos y abrirse las almas los unos á los otros. Esto, señoras y señores, es un paso colosal hacia la realización de la paz universal. Conocerse, entenderse, esto equivale también entre los pueblos á perdonarse mutuamente, si no todo, cuando menos mucho de lo que pudiera dar lugar á disensiones.

Al pasar las miradas sobre mi mesa modesta, pudiéramos imaginarnos que ya está para llegar el «Millennium», del que han hablado hace centurias los soñadores más excelsos de todas las naciones. Tal pudiera parecer como si hubiese llegado el tiempo en que las naciones de la tierra, despojándose de sus particularidades y de sus intereses especiales, estuvieran dispuestas á formar una gran comunidad de hermanos. Pero, señoras y señores, demasiado sabemos todos que este día está todavía muy distante, y á más de uno entre nosotros le viene la duda de si en realidad deberíamos desear tal cosa. Pues eso es lo grande en el hombre, lo mismo que en los pueblos, que todos somos distintos el uno del otro. Esta diferencia es la fuente de nuestra fuerza, asegura el progreso en nuestro anhelo de cumplir la misión impuesta á cada pueblo por el destino. La humanidad jamás llega á alcanzar su destino tal cual se lo reserva la Providencia con soñar dulcemente bajo un cielo sereno; si no lo alcanza por la lucha, lo alcanza trabajando y lo alcanza exponiéndose. Por eso se necesita en el mundo del elemento nacional para el desarrollo de la humanidad. Poco importa el camino que escoja cada pueblo para perfeccionarse. Las formas de gobierno, ya sea república, ya sea monarquía, no tienen importancia. Nosotros, alemanes, conforme á nuestra historia y nuestra particularidad, necesitamos un Soberano hacia quien levantar los ojos en voluntaria entrega de nuestras personas, para dar lo mejor que somos capaces de dar. Otros pueblos piensan de manera distinta, y nosotros comprendemos y estimamos su pensar. Lo esencial, después de todo, es que cada nación, grande ó chica, jamás llegue á perder de vista su misión para trabajar en alcanzar su destino, al que por fuerza mayor la humanidad tiene que llegar tarde ó temprano. Eso significa trabajo, sacrificios personales, abnegación; para eso se necesita comprender á los demás y, sobre todo, estar constantemente dispuesto á sacrificar todo en bien de la existencia y honra nacionales. Este camino, en mi concepto, es el único por el cual se llega á alcanzar finalmente la paz universal. Este es el camino que Alemania ha andado durante cuarenta años de paz, y es el camino que se propone andar en lo futuro. Quiera

Dios que nosotros, y vosotros con nosotros, podamos seguir caminando por el sendero de la paz.

Estas son las ideas que han hecho nacer en mi alma los brillantes éxitos obtenidos en los festejos del Centenario y esta selecta concurrencia internacional.

Pero hay otra cosa más que mueve mi alma y que necesito expresar. Hablo de la impresión que me causó el imponente espectáculo que pudimos admirar: cómo un gran pueblo, cuyas raíces se pierden en tiempos remotísimos, supo acomodarse á su destino, lleno de vigor y lleno de dignidad, sin perder un átomo de su carácter nacional; cómo este pueblo, comedido en su júbilo y penetrado de su poder, supo adueñarse de su destino, dignamente y sin soberbia, para, á su vez, trabajar por la realización de la misión de la humanidad.

Y á la cabeza de este pueblo, el hombre hacia quien todos levantamos la vista llenos de admiración. Por los años, un anciano; pero lleno de vigor juvenil en cuerpo y alma, en ojo y en porte; más fuerte que nosotros para soportar fatigas, y hombre de acción como pocos; una personalidad envuelta en una aureola romántica como los héroes legendarios de la antigüedad y, sin embargo, moderno hasta lo más profundo de su ser; un hombre de los hechos y, sin embargo, dotado de un corazón lleno de bondad y de clemencia; un guerrero poderoso y, á la vez, un regenerador y pacificador por excelencia; un sabio administrador de las riquezas tanto materiales como espirituales de su país, al que ha sabido llevar al progreso como nadie.

Que Dios proteja á esta ilustre personalidad, á este hombre grande entre los gobernantes de todos los tiempos, y le conceda todavía muchos años de vida llena de vigor para seguir trabajando en bien de la prosperidad de su país.

Os ruego, señoras y señores, que me acompañéis y brindéis conmigo:

¡Que viva el Presidente de los Estados Unidos de México! ¡Que viva el General don Porfirio Díaz!

## NÚMERO 75.

**Brindis pronunciado por el señor don Ramón Corral, Vicepresidente de la República y Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en el banquete que el Excelentísimo señor Embajador Especial de Alemania ofreció al Gobierno Mexicano, el 24 de septiembre de 1910.**

Señor Embajador:

No entrañan, por cierto, novedad los conceptos benévolos con que os habéis expresado en favor de mi patria y de su Presidente, el señor General Díaz, porque los mexicanos estamos ya acostumbrados á recibir muestras de amistosa cordialidad de vuestro ilustre Emperador, de sus representantes en México y de la Colonia Alemana, que vive con nosotros, no como un grupo de extranjeros, sino como un grupo de hermanos nuestros.

Para comprobarlo, bastará recordar que Su Majestad se sirvió conferir á nuestro Presidente, desde 1896, la Gran Cruz de la Orden del Aguila Roja; que acaba de otorgarle, con motivo del último 15 de septiembre, el Gran Cordón de la misma Orden; que lo obsequió con el magnífico retrato que ornamenta el Salón de Embajadores de nuestro Palacio Nacional, y que, con motivo del Centenario, ha tenido la exquisita galantería de donar á nuestra ciudad capital el ar-

tístico monumento del Barón de Humboldt, el gran sabio que encendió las primeras corrientes de simpatía entre Alemania y México.

Además, vuestro Augusto Soberano ha honrado á varios otros mexicanos con valiosas condecoraciones, entre otros á mí, no obstante mi notoria falta de merecimientos, demostrando con ello verdadera simpatía por mi país.

Justo es también recordar en esta ocasión los sentimientos de cordialidad con que vos y todos los representantes que ha tenido en México el Gobierno alemán han cumplido su noble misión, fácil por otra parte, porque los alemanes, cultos, honorables, dedicados honradamente al trabajo útil que dignifica, hacen entre nosotros una vida tranquila, sin choque de intereses, siempre cumplidos en sus deberes, siempre respetados en sus derechos.

No es raro, pues, señor Embajador, que los mexicanos abriguemos por vuestro bellissimo y poderoso país, por vuestro gran Monarca y por vuestros compatriotas, los más verdaderos sentimientos de gratitud, de simpatía y de amistad, ya que tantas y tan significativas pruebas nos habéis dado de vuestra correspondencia. Hago votos porque estos lazos que ligan á nuestras dos patrias sean cada vez más apretados; que sí lo serán, porque á pesar de su diversidad de origen y de instituciones, nuestros dos pueblos son amigos de la paz, de la civilización y del progreso y tienen comunes ideales de engrandecimiento por medio del trabajo.

Señores Delegados:

Jamás me cansaré de repetir la satisfacción que al pueblo mexicano y á su Gobierno le producen vuestro concurso en nuestras fiestas, el gran concepto que en toda ocasión manifestáis de nuestro estado social y la benevolencia con que juzgáis á esta patria nuestra, tan querida, en donde vuestras simpatías quedan sembradas en tierra abonada y fecunda.

Señores, de pie y con nuestras copas en alto, os invito á brindar por Su Majestad el Emperador Guillermo II y por Su Excelencia el señor Embajador Bünz.

#### NÚMERO 76.

**Brindis pronunciado por el señor don José Sánchez Ramos, Presidente del Casino Español de México, en el banquete que éste ofreció al señor Presidente de la República, el 28 de septiembre de 1910.**

Un señalado favor de mi buena suerte quiere que sea yo quien, porta-voz del Casino Español en esta fiesta, la ofrezca al Excelentísimo señor Presidente de la República, y condense, al propio tiempo, en dos palabras, la salutación y los agradecimientos de esta sociedad á la distinguida y brillante concurrencia que tanto esplendor da á este acto de confraternidad hispano-mexicana.

La Colonia Española que venturosamente vive y se desenvuelve aquí, tan identificada á la vida y al sentir de México, no podía manifestar de mejor modo esa su compenetración espiritual con México y con los mexicanos, que rindiendo sincero y entusiasta este homenaje de cariño, de admiración y de gratitud al Gobernante ilustre que preside esta fiesta, y en cuyo honor vienen á honrar nuestra casa la belleza y distinción de tan espléndido concurso de damas y los prestigios de tan egregio senado de egregios caballeros.

Los españoles han sentido y gozado en estos días de gloria para México, la explosión de todo su amor y de su gratitud toda hacia esta Nación, patria adoptiva, cuyas exultaciones hacemos nuestras y cuyas alegrías compartimos del modo más sentido, más sincero y más vehemente, porque en tal explosión de gozo irrumpe de nuestro ser más íntimo, lo que tenemos de español en la sangre y lo que hay de mexicano en nuestra existencia y en nuestros afectos.

Y un noble orgullo, el de la historia y el abolengo común, el de los lazos de familia y la estrecha comunidad de intereses, tanto ideales como materiales, hace que nos estremezcamos de muy legítimo y justificado entusiasmo, al ver por manera inequívoca, en esta espléndida conmemoración del primer Centenario de la Independencia Mexicana, cómo es efectivo el gozo de la Madre venerable, conjunto al gozo de la Hija emancipada, que se sonríen, se abrazan y se unen en ósculo de amor que habrá de ser eterno; mezclando sus anhelos, diciéndose al oído sus aspiraciones y disponiéndose á levantar el vuelo hacia el sol de progreso y de grandeza que el destino señala á ambas con índice imperioso.

Yo, señores, en nombre del Casino Español, levanto mi copa para brindar entusiásticamente por la Independencia de México, completa, absoluta y eterna.

Por el ilustre Presidente de la República, en el cual se simbolizan todos los progresos alcanzados por este pueblo hermano, pues es de estricta justicia reconocer y proclamar en todas las ocasiones cómo este gran carácter y este gran patriota que ha por nombre Porfirio Díaz, es la expresión más alta y más gráfca de México, tal como hoy se ofrece á los ojos del mundo civilizado, ya que el glorioso Caudillo quiso, supo y pudo cimentar sobre bloques de «pórfido» el admirable edificio de la paz y la prosperidad nacionales.

Por la dignísima esposa del Héroe, á la que también, aparte sus altas prendas de dama y sus cualidades de ángel de un hogar que es templo de virtudes domésticas, corresponde el homenaje debido á la meritísima consorte del grande hombre, que en su santa compañera, la Excelentísima señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, tiene el puro y reconfortable caudal de cariño en que templar su espíritu agobiado por la ruda labor del gobernante y del estadista.

Brindo por la Embajada Extraordinaria Española que dignamente preside el Excelentísimo señor Marqués de Polavieja, y á cuya simpática misión cerca de los altos poderes del Estado Mexicano debemos los españoles aquí residentes el haber gozado, diré algo así como un resurgimiento de nuestro amor imborrable á la Madre Patria, querida en razón directa de la distancia que de ella nos separa.

Por los dignísimos Embajadores, Delegados y honorable Cuerpo Diplomático, y por los altos funcionarios del Estado Mexicano y demás próceres aquí reunidos, que, colaborando con el grande hombre, ayudaron á levantar á inconmensurable altura el crédito y prestigio de su patria.

Y finalmente, señores, brindo por el bello sexo, cuyo brillante conjunto en esta fiesta proclama la equidad y liberalidad con que el Creador de toda Belleza repartió lo más bello de su obra en todos los países y latitudes del planeta.

#### NÚMERO 77.

**Brindis pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el banquete que le ofreció el Casino Español de México, el 23 de septiembre de 1910.**

Señores:

El pueblo mexicano y su Gobierno están muy satisfechos por el brillo con que se ha celebrado el primer Centenario de nuestra Independencia Nacional, cuyo gran éxito se debe al patriotismo de ese mismo pueblo, al concurso de todas las naciones amigas y á la participación de las colonias extranjeras.

Ha sido una de las notas más simpáticas la cariñosa asociación de la Madre Patria á ese regocijo nacional, compartiendo con nosotros glorias, honores y satisfacciones, y mucho más simpática esta hermosísima fiesta ofrecida con tanta efusión y singular galanura, que muestra, una vez más, la cordialidad de las relaciones entre nuestros dos países y la comunión de sentimientos que confunde, unifica y estrecha con lazos de amor y de flores á dos pueblos de una misma sangre, que hablan una misma lengua y acarician idénticos ideales de grandeza.

Brindemos, señores, por la creciente prosperidad de la noble Madre España, que al contemplarnos fuera de su patria potestad, no nos retira su maternal cariño, revelando, en lugar del natural resentimiento por nuestra emancipación, el orgullo de creadora satisfecha de su obra. Brindemos también por la dicha personal de Su Majestad el Rey don Alfonso XIII y la de su real familia, y porque la Colonia Española sea cada día más feliz en nuestra patria.

#### NÚMERO 78.

**Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués de Polavieja, Embajador Especial de España, en el banquete que ofreció al Gobierno Mexicano, el 30 de septiembre de 1910.**

Señor Ministro de Relaciones Exteriores y señores Ministros: Señores Embajadores, Ministros, Enviados Especiales y Delegados:

Señores:

Grande es mi satisfacción al ver reunidos en torno de esta mesa á tan eminentes personas y distinguidos comensales, deplorando se hayan ya ausentado algunos de los que fueron nuestros compañeros en misión especial; y más complacido todavía me siento, por verificarse esta reunión bajo techo español, en este suntuoso Casino que los nuestros han sabido erigir, no sólo para sí, sino para contribuir al embellecimiento de esta hermosa ciudad y poder mostrar á esta culta sociedad su cordial y espléndida hospitalidad.

Creo poder afirmar, como unánime sentimiento y opinión de cuantos tuvimos la honra de ser designados por nuestros Soberanos, Jefes de Estados ó Gobiernos, para venir á representarlos en estas grandes solemnidades, que la realidad ha superado con mucho á cuanto bueno nos hubiéramos imaginado, al encaminarnos á esta para nosotros antes desconocida y privilegiada tierra: hemos encontrado un país en todo sentido opulento y fácilmente orientado hacia

grandiosos destinos; hemos estado en contacto con un pueblo eminentemente dotado de disciplina social, ardentemente patriota y enérgico en su afirmación autónoma; hemos observado que, si en estas fiestas de la soberanía nacional, se ha derrochado el ingenio y la magnificencia, no se ha descuidado lo permanente, lo que ha de contribuir á la ciencia, á la cultura, á la riqueza, al bienestar público, y que emprendiendo y haciendo muy en grande, jamás se olvida en obra alguna, aún la más útil, la nota característica del buen gusto y del acabado artístico; todo ello revelando el alma de un gran pueblo.

Por otra parte, hemos visto á su frente á un hombre de Estado excepcional, que desde los primeros momentos de su intervención en la vida pública, juzgó con clarividencia que el modo más eficaz de unir á los mexicanos y restañar las heridas de la patria, era impulsarla velozmente hacia el progreso, hacia el fomento y el desarrollo indefinido de la civilización, iniciando desde el Gobierno ó favoreciendo las privadas iniciativas, dando plenas garantías á todos, nacionales y extranjeros, hasta despertar la confianza y el estímulo en el país, la confianza y el crédito en el exterior. Con razón hemos presenciado ovaciones populares, sancionando con el respeto y veneración la labor colosal y patriótica de treinta años.

Una nación que así marcha y así procede, establece progresivamente mayores vínculos con el exterior é ingresa cada día más intensamente en la vida internacional, dignificando, encauzando, entonando la vida propia interior; y eso lo hemos también advertido en la importancia, en la gran significación que el señor Vicepresidente de la República, en toda la serie de felices y elocuentes brindis, como también lo ha hecho el señor Ministro de Relaciones Exteriores, ha atribuído reiteradamente á la numerosa y brillante representación, salvo en lo que á mí concierne, que las naciones de Europa y América han enviado á estas fiestas centenarias de la Independencia.

Todo, pues, presagia poderío y felicidades para esta noble y hermosa Nación Mexicana, hija de España ayer, nuestra entrañable hermana hoy. Que sus gloriosos destinos se cumplan; que jamás la discordia perturbe ó detenga su vigoroso caminar hacia el más allá, un *plus ultra* ópimo en ricas promesas; que España pueda siempre recrearse en esta ascensión sin límites, y que las naciones todas de la tierra le abran cada vez más sus brazos y le prodiguen las muestras de alta estima y respeto.

Propongo á todos los presentes se unan á mí para manifestar al señor Vicepresidente, ausente por triste motivo, que mucho deploramos, nuestra simpatía y complacencia por su afabilidad con todos nosotros y su verdaderamente feliz acierto en esta incruenta, pero ruda campaña de elocuencia gastronómica, igualmente que al señor Ministro de Relaciones Exteriores, y deseando dicha y prosperidad á todas las naciones aquí tan dignamente representadas, brindo por México y por el esclarecido Presidente de la República, General don Porfirio Díaz.

## NÚMERO 79.

**Brindis pronunciado por el señor don Enrique C. Creel, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, en el banquete que el Excelentísimo señor Embajador Especial de España ofreció al Gobierno Mexicano, el 30 de septiembre de 1910.**

Excelentísimo señor Embajador de España:

Señores:

Tiene razón Vuestra Excelencia al sentirse contento de que nos hayamos reunido bajo el hospitalario techo del Casino Español, aquí donde se encuentran los escudos de España y de México, cerca, muy cerca uno del otro, y donde simbólicas figuras de dos pueblos grandes están estrechándose la mano con efusión y con cariño; y aquí donde el ambiente está saturado de amor y de perfumes, de patriotismo y de la elocuencia con que españoles y mexicanos han acariciado á la Madre Patria y á la hija predilecta.

Comprendo muy bien que el progreso de México os haya causado grata impresión, porque los lazos que nos unen son de aquellos que nada puede destruir, y es natural que al alma os lleguen los cantos, los himnos, las hosannas, los monumentos, los homenajes y los honores de que México ha sido objeto con motivo de su Centenario; y como decís muy bien, una de las notas más altas, más honrosas y más significativas, ha sido la brillante y numerosa representación de nuestros países amigos, á la que habéis contribuido en forma halagadora para el pueblo mexicano.

El obsequio del uniforme del Generalísimo Morelos es un nuevo lazo que nos une á la gloriosa España; y seréis vos el intérprete de los sentimientos de un pueblo patriota y agradecido.

Los mexicanos seguimos con vivo interés la vida social y política de la siempre grande España y sabemos que ha entrado en un nuevo impulso de progreso intelectual, industrial y material, y que se le esperan grandes adelantos y grandes triunfos, para colocar sobre su cielo nuevas estrellas y sobre la humanidad rayos luminosos de civilización y de progreso.

Señores:

Os invito á brindar por España, por Su Majestad Alfonso XIII y por el Excelentísimo señor Embajador Marqués de Polavieja.

## NÚMERO 80.

**Brindis pronunciado por el Excelentísimo señor don Federico Alfonso Pezet, Enviado Especial de Perú, en el banquete que él y el señor Delegado Especial de Colombia ofrecieron al Gobierno Mexicano, el 2 de octubre de 1910.**

Excelentísimo señor Secretario de Relaciones Exteriores:

Excelentísimos señores Embajadores, Ministros, Enviados y Delegados:

Señoras y caballeros:

El glorioso mes de septiembre, con todas sus celebraciones, con todas sus alegrías, con todos sus éxitos, ha pasado y ya pertenece á la Historia. La hermosa Capital Mexicana vuelve á tomar su aspecto ordinario y los numerosos huéspedes de la Nación, los enviados por los Gobiernos de las naciones, se despiden de sus generosos invitantes y tornan á sus respectivos países llevando en el corazón el

recuerdo más profundo de la exquisita hospitalidad mexicana, y henchidos de orgullo de haber asistido al hermoso espectáculo de un pueblo noble que ha honrado de manera tan elevada á sus héroes clásicos.

De vuestra parte habéis hecho todo cuanto era humanamente posible para rendir homenaje á la memoria de los fundadores de vuestra soberanía. La manera como lo habéis realizado, el carácter que habéis dado á las festividades, revelan el respeto y cariño que ellos os inspiran. Los artísticos monumentos levantados en su honor y en recuerdo de sus hazañas; las obras de utilidad pública y de ornato que habéis inaugurado ó iniciado, son otros tantos monumentos imperecederos que habéis levantado á los hombres que en los albores del siglo pasado lucharon y se sacrificaron por sentar la base de esta maravillosa estructura que hoy admiramos en el México moderno de Porfirio Díaz.

Al separarnos de vosotros y tornar á nuestros países, llevaremos, junto con nuestra gratitud por la manera espléndida con que nos habéis agasajado, el convencimiento de haber asistido á la serie de fiestas más suntuosas con que pueblo alguno ha celebrado el nacimiento de su soberanía; y llenos de entusiasmo, relataremos cómo habéis desenvuelto, en tiempo relativamente corto, un sistema de progreso material que coloca hoy á vuestra patria en lugar prominente entre los pueblos avanzados del mundo.

El recuerdo de las amabilidades que á manos llenas hemos recibido, perdurará en nosotros; y no cesaremos, estad convencidos, de recordar á cada uno de vosotros que habéis contribuido al extraordinario éxito de esta gloriosa celebración.

La personalidad de vuestro venerable y egregio Presidente, á cuyas cualidades se debe la grandeza del México de hoy, ocupará en nuestro corazón lugar preferente, porque hemos podido de cerca admirarlo y sentir el magnetismo de su extraordinaria individualidad; y ¿qué diré de sus colaboradores, de sus compañeros de labor, de los hombres que han coadyuvado en la obra que hemos aplaudido y admirado? Pues que son dignos de él, de acompañarle, de secundarle: feliz el país que tiene tales administradores.

En cada una de estas fiestas hemos visto al Canciller Mexicano, don Enrique Creel, multiplicarse para atender á cada uno de los Delegados y representantes extranjeros; hemos oído sus hermosos discursos y admirado la elocuencia y exquisita naturalidad con que ha proclamado la paz, la confraternidad entre todos los pueblos y sosteniendo el principio del arbitraje para erigirlo en Supremo Tribunal de Justicia entre las naciones y consagrarlo derecho de nuestro continente americano.

Cuánto tenemos que agradecerle á él los Delegados que hemos asistido á vuestras fiestas, y á sus colaboradores, comenzando por el simpático Subsecretario don Federico Gamboa y continuando por los señores del Protocolo y de las comisiones creadas para atendernos, para hacer agradable nuestra residencia entre vosotros.

Pero, señores, en este derroche de amabilidades, de atenciones, de generosidades, no han sido los mexicanos los únicos en contribuir á nuestro confort, á que nuestra permanencia aquí fuese gratísima; las damas mexicanas, las más hermosas flores de este bellissimo jardín, han tenido buena parte; ellas han colmado á nuestras compañeras de sus atenciones y amabilidades y con su presencia han dado realce, color y belleza á cada una de las festividades y ceremonias á las que hemos asistido.

La mujer mexicana tendrá, señores, en nuestro corazón, un lugar muy preferente; ella simboliza todo lo que hay de gentil, gracioso y hermoso. Y la muestra más perfecta de ella es la dama que comparte con vuestro Presidente el cariño de este pueblo; ella es la personificación de la dulzura y de la amabilidad y nadie ha podido dejar de sentir el encanto de su exquisita gentileza desde el instante mismo de hallarse en su presencia.

Terminadas las celebraciones oficiales y antes de darnos el abrazo de despedida, ha tocado el privilegio de ofreceros esta modesta fiesta á las Delegaciones de dos naciones de Sud América, las cuales, al asociarse para realizarla, han querido simbolizar en ella el cariño de los pueblos de común origen por la querida hermana que de manera tan hermosa y galante la ha invitado á compartir con ella en las fiestas del Centenario de su gloriosa emancipación.

Solicitamos y obtuvimos el Perú y Colombia este privilegio de ser quienes habían de cerrar esta serie de festividades y, señores, debo decir que encuentro muy natural que sean precisamente el Perú y Colombia las que os ofrezcan esta fiesta. Colombia, señores, es la tierra heroica que llevó á cabo la más grande de las campañas militares de la guerra de Independencia Sud-americana. De la gran Colombia salieron los héroes Bolívar, Sucre, Páez, Ricaurte, quienes consumaron los hechos más notables de esa epopeya, que á la par escribían en otras partes de nuestro querido continente latino-americano, con sus espadas vencedoras, San Martín, Belgrano, O'Higgins, Morazán, Lord Cochrane y vuestros propios hijos Hidalgo, Guerrero, Morelos, Iturbide, Bravo y centenares de otros. Fueron todos esos guerreros y otros hombres de ciencias y de letras quienes sentaron la base de nuestras soberanías libres y quienes dieron al mundo este conjunto de democracias que constituyen hoy el mundo latino-americano.

Colombia, el cerebro de este continente sur, y el Perú, su corazón, y digo su corazón, porque en mi patria querida han resonado quizá con mayor intensidad que en otra parte alguna los latidos de cada una de las naciones de nuestro mundo y despertado en ella una viva simpatía que á las horas tristes del infortunio siempre se ha exteriorizado de manera práctica, ofrendando el Perú á la hermana atribulada su contingente de brazos, de armas y de dineros con espontánea generosidad y sus simpatías francas y sinceras. Pues bien, señores, ese cerebro y ese corazón hoy se unen y en fraternal consorcio vienen aquí á saludaros, á agradeceros vuestra cariñosa hospitalidad y á expresaros el voto porque no esté lejano el día en que nuestro mundo latino-americano, el que nació á la libertad bajo un impulso, en época casi simultánea, se yerga fuerte, potente, unido, para dar al resto del mundo ejemplo de solidaridad perfecta, armonía completa, y así realizar el más grande ideal de paz y confraternidad entre las naciones.

Nuestros destinos son grandes, puedo decir incommensurables, recién ahora comienza el resto del mundo á realizar la potencialidad latente de nuestro continente. Hombres de nuestra raza ya comienzan á dejar su impresión en el mundo de las artes, de las ciencias y de las letras, y en todas las esferas de la actividad humana los latino-americanos tienen su puesto y trabajan con sus hermanos de otros continentes por el progreso y el mejoramiento de la humanidad. Sólo ayer, un brasileño, Santos Dumont, daba el primer impulso á la ciencia de la aerostación, demostrando ante un mundo escéptico la posibilidad de aplicar un motor á un globo y darle direc-

ción á voluntad; de ese primer esfuerzo ha venido el desarrollo sorprendente de esta ciencia que ya parece querer revolucionar nuestras ideas de locomoción y que está destinada á llevarnos de sorpresa en sorpresa en tiempo relativamente corto.

Hoy, otro hermano nuestro, un peruano, el acaudalado Jorge Chávez, asombra al mundo con su proeza de audaz atrevimiento y trasmonta en aeroplano los Alpes, probando una vez más, ante la faz del Universo, que á los hombres de nuestra raza no les arredran los peligros y que saben sacrificarse con estoicismo por la ciencia y el progreso, porque les sobra la tenacidad y el valor y el entusiasmo, lo mismo que á esos otros hombres que en el Norte, Centro y Sur de nuestro Continente, lucharon ahora cien años por darnos patria y libertad.

Señores, todos estos triunfos de nuestra raza son pruebas de capacidad. Saludémosla con orgullo, con entusiasmo, y levantemos en alto la copa por el ilustre estadista y guerrero, el Excelentísimo Presidente Díaz, grande en la guerra, más grande en la paz, quien encarna en más alto grado el tipo de esta raza, cuyos gloriosos destinos van á escribirse en la centuria que hoy comienza.

Señores, por el Presidente General Díaz y por la señora de Díaz, que con él comparte el cariño de este pueblo, cuyos huéspedes hoy somos.

## NÚMERO 81.

**Brindis pronunciado por el señor don Enrique C. Creel, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, en el banquete que el Excelentísimo señor Enviado Especial de Perú y el señor Delegado Especial de Colombia ofrecieron al Gobierno Mexicano, el 2 de octubre de 1910.**

Señores:

Debemos á la exquisita galantería de los representantes del Perú y de Colombia este hermoso festival, y creo interpretar los sentimientos de todos los concurrentes al decir á Sus Excelencias y á sus muy distinguidas señoras esposas cuánto hemos gozado con sus delicadas atenciones y cuánto les agradecemos que nos hayan proporcionado el gusto de compartir con ellos gratas impresiones, agradables recuerdos y risueñas esperanzas.

Nos hace felices la hermosa descripción que habéis hecho de las fiestas del Centenario y del progreso de México, en un lenguaje tan lleno de sentimiento, tan nutrido de erudición, con cuadros tan vivos, con comentarios tan honrosos y con apreciaciones tan cariñosas; y nos complace sobremedida todo cuanto ha dicho Vuestra Excelencia en honor de nuestro gran Presidente y de su virtuosísima esposa, porque ellos todo se lo merecen y quien les hace justicia se levanta ante nuestros ojos y se eleva en nuestra estimación y en nuestras consideraciones.

Como lo ha dicho Vuestra Excelencia, por la comunidad de origen, por el efecto de la sangre y de la lengua, por las aspiraciones y los ideales, hay una afinidad tan grande entre nosotros, que cuando nos reunimos, como sucede en estos momentos, nadie puede negar que formamos la misma familia y que nos alienta la misma alma hispano-americana.

Pero hasta aquí nuestro trato no ha sido tan frecuente como de-